

RICARDO LEÓN

y su ascendencia extremeña

(1877 - 1943)

por Valeriano GUTIERREZ MACIAS



CABAN de cumplirse cien años del nacimiento del insigne novelista, ensayista y poeta Ricardo León y Román, que legó una importante producción de una extraordinaria belleza literaria. Los frutos de su inspiración, de su espíritu —sensible y delicadísimo— bien merecen su recordación.

La prensa ha dedicado al eximio narrador algunas de sus páginas —aunque no todas las que reclama— acogiendo artículos y ensayos con exposición de la vida y obra del autor de «Casta de Hidalgos» (1908) y tantas novelas que muy buena parte de españoles evocan con satisfacción. Otros periodistas han hecho análisis profundos y exhaustivos de las características de la tarea del escritor. Estimamos el interés de tales trabajos que contribuyen a su mejor conocimiento. Porque no hay que olvidar que el mejor modo de honrar a un escritor es conocer y divulgar su obra.

Ortiz de Pinedo traza este perfil de Ricardo León, al que llama «Monarca de la prosa castellana»:

Este poeta, en la verdad desnudo,
a la que sirve por amarla antes,
en páginas de oro rutilantes
pintó el antaño como nadie pudo.

Nació a las letras con su limpio escudo,
y de la propia casta de Cervantes,
y regala y deleita a los amantes
del habla rica y sentimiento agudo.

Andaluz trasplantado a la Castilla
de Lope y Calderón, en Santillana
tiene su amor y principesca silla;

mira al ayer, curioso del mañana,
y sueña, labra, fulge y maravilla,
monarca de la prosa castellana.

Ricardo León vino al mundo el año 1877 en Barcelona, la hermosa y cosmopolita ciudad mediterránea de los Condes. Su progenitor pertenecía a la carrera militar y demostró, igualmente, mucho amor por las letras. «Que la lanza y la pluma no tienen pugna», según el lema del que esto escribe por su condición de militar y escritor. Camoens, soldado y maestro de literatura portuguesa quería «en una mano siempre la espada y en otra la pluma».

Ricardo tuvo ilusión por la profesión de las armas, pero, por motivos de salud, hubo de desistir de ello y consagrarse por entero a escribir como su mayor recreativo, aunque ingresó y trabajó como funcionario del Banco de España. Como los poetas antiguos pretendía manejar «Ora la pluma, ora la espada». Ya que no pudo luchar con la espada, luchó plenamente, arduamente con la pluma.

Ricardo León escribió también libros de versos como «Lira de bronce» y «Alivio de caminantes» e intercalaba mucho lenguaje versificado en sus obras.

Conquistó la fama como novelista: Ahí están sus novelas «Casta de Hidalgos», «Comedia sentimental», «El amor de los Amores», «Alcalá de los Zegries», «Los Centauros», «Amor de caridad», «Humos de Rey», «El hombre nuevo», «Cuentos de antaño y hogaño», «Los trabajadores de la muerte», «Jauja», «Varón de deseos», «La niña de mis ojos», «Desperta ferro», «Las siete vidas de Tomás Portolés». «Bajo el yugo de los bárbaros», «Roja y gualda», «Cristo en los infiernos», «Las horas del amor y de la muerte», etc.

En el orden ensayístico hizo aportación de «Las escuelas de los sofistas», «Los caballeros de la Cruz», «La capa del estudiante», «Gozos del amor y del dolor», «La voz de la sangre» y «La cumbre de la mística».

Ricardo León fue cronista de guerra y corresponsal en los frentes alemanes en la conflagración mundial, dando a la luz «España trágica».

Era miembro de la Real Academia Española, en cuya docta casa —que le había premiado su obra «Casta de Hidalgos»— ingresó joven, en 1912, cuando contaba 35 años.

Pertenecía a la «generación del 98»; sin embargo su ideología se distinguía de la de sus más destacados miembros.
Como muestra de la lira de Ricardo León veamos cómo describe

ALCALA DE LOS ZEGRIES

Este es el pueblo indómito y cetrino
que con su espada fatigó a la tierra
y abrió surco en el mar; pueblo de guerra
de casta mora y de blasón latino.

Leyó en los astros su imperial destino,
ganó la cumbre, traspasó la sierra
y aún de lo eterno que sus prados cierra
con arte militar forzó el camino.

Pueblo extremado, impetuoso y fuerte,
o batalla sin pulso y sin medida
o se abandona a la pereza inerte.

Nunca acertó a vivir; es un suicida
que, abrasado en las fiebres de la vida,
para saciar su sed, busca la muerte...

Se ha afirmado que Ricardo León es poeta en toda su obra, de altísima y noble poesía, por la belleza y el arte de la expresión, por el aliento de su espíritu. He aquí otra muestra de su ingenio en los siguientes endecasílabos:

A UNA DAMA

Desde el punto en que os ví, dulce señora,
cautivo me tomó vuestra hermosura,
y en las entrañas de mi noche oscura
sentí de pronto amanecer la aurora.

Tened piedad de un alma que os adora,
prisionera en dulcísima locura,
y amor eterno a vuestras plantas jura
con la ternura que en su pecho llora.

Como amaros así no es ofenderos,
dadle licencia a vuestros ojos claros
para ser de mi vida los luceros.

Fue mi dichosa perdición miraros,
pues si a amaros llegué con sólo veros...
¡dulce señora, moriré de amaros!

Al autor de este trabajo le corresponde subrayar lo que el propio Ricardo León llamó «sus profundas herencias de Extremadura».

José López Prudencio, maestro de periodistas y eminente crítico literario, en sus «Notas literarias de Extremadura» deja constancia de que el padre del escritor era de Extremadura: como lo fue toda su familia y ascendencia paterna. De Higuera de Vargas, villa del partido judicial de Olivenza, sobre cuya habla se ha dado a conocer la interesante tesis doctoral de Eugenio Cortés Gómez, que ha presentado recientemente en la Universidad de Zaragoza, por estar allí desempeñando su cátedra el profesor que la dirigía, doctor Tomás Buesa Olivenza.

Las vicisitudes de la vida militar llevaron al oficial extremeño, padre del retórico escritor, a Andalucía, donde contrajo matrimonio con una hija de aquella comarca. A poco, fue trasladado el oficial a Badajoz, la capital de su provincia natal y en Badajoz transcurrió la infancia y buena parte de la adolescencia del escritor, hasta que la muerte de su padre, ocurrida repentinamente en el Cuarto de Banderas del cuartel de San Francisco, obligó a la madre, viuda, a trasladarse a Andalucía al lado de su familia, donde se acabó de modelar el alma del poeta.

En la inspiración de Ricardo León, en su contextura mental, se acusan rasgos acentuados que denuncian la huella de su progenie extremeña, sin necesidad del hecho de su nacimiento en Extremadura.

Las figuras extremeñas que trató León brevemente las describía con verdadero acento. Llama a San Pedro de Alcántara «gran sufridor de penas y mortificación» y quería acabar las asperezas de la jornada con tanta gloria como consiguió el «Portento de penitencia».

El fino escritor donbenitense Francisco Valdés, epígono del 98, vida truncada, en espléndidas notas de lecturas agrupadas en el libro «Letras», editado por Espasa-Calpe, estudia la novelística de Ricardo León y le considera excelente como escritor.

Decaída su vitalidad, León falleció en Torreledones en el año 1943.

En 1929 y con motivo de la crítica que López Prudencio hizo del libro «Jauja», de Ricardo León, éste le dirigió una carta de gratitud en la que le reflejó su vinculación extremeña y que dice así:

«Las agudas, sabrosas y delicadas páginas que usted dedica a mi último ensayo de novela son para mí un magnífico regalo que llena de emoción y gratitud. Que un crítico tan docto, independiente y fino como usted, de tan selecto y depurado gusto, de tanta elevación espiritual

y en tribuna como la de «ABC», ponga a tan altos niveles mi «Jauja», es, aún descontada la mucha parte de generosidad y benevolencia que hay en el juicio, la más íntima satisfacción que como literato podría yo tener.

Viene, además, esa alegría pura y confortante en días de incertidumbre y desánimo para el escritor, en esos días melancólicos en que la soledad intelectual, el desencanto de la obra propia, la indiferencia ajena y el silencio hostil, cuando no la agresión desembozada, con que suelen acogerse los libros, agobian la más firme y honda vocación. Estímulos tan nobles y desinteresados como el suyo encienden el brio literario y a la vez la fuerza moral. Gracias, muy de corazón.

Aquí me tiene usted, aislado casi todo el año con mi familia y con mis libros, muy cerca y muy lejos de Madrid, en estos frondosos encinares de Torrelodones, que me recuerdan los «nuestros», los de esa tierra donde están sepultados los huesos de mi padre y las raíces de mi tronco familiar. Yo no nací en Extremadura, pero ahí en Higuera de Vargas está hincado mi apellido, y en Badajoz abrí los ojos a la luz del entendimiento, a las primeras imágenes y a las primeras emociones de la niñez. Desde los cuatro años no cumplidos hasta los trece, que para mí, nada supersticioso, fueron en verdad felices, viví en esa ciudad. Y espero volver más veces y consagrar un libro a mis memorias y evocaciones extremeñas.»

Buena ocasión es el Centenario del nacimiento del gran purista del idioma —que encarnaba el patriotismo y el heroísmo y se consagró a la exaltación de la espiritualidad cristiana— para tratar todos estos aspectos y enaltecer dignamente a quien cultivó con tanto acierto el anchuroso campo de la novela, el ensayo y la lírica, y colocó muy alto las letras extremeñas y españolas con la exposición del más noble pensamiento.

En la Real Academia Española la evocación ha estado a cargo de la relevante personalidad de Guillermo Díaz-Plaja, quien, conforme da fe Santiago Castelo, pronunció un magnífico discurso.

ALCANTARA. Revista de Cultura Extremeña, entiende que es obligado sacar al singular prosista —el novelista más leído de su tiempo en virtud de nota de Julio Cejador— del injusto olvido a que ha estado sometido.

Ayer, era redondo

De niño para mí era todo redondo.
Imaginaba la vida como un frutal maduro
entre amarillo y rojo.
Era el aro, la bicicleta,
el sol, la luna a veces,
la rosquilla de la merienda, el pozo
temido y tentador (¡Niño
que está ahí el pozo!). Era
la cintura del río sobre la huerta,
los meandros del río haciendo sotos
jugando al escondite. Todo redondo,
como el higo sazonado, la sandía
abierta a la sonrisa, la granada
reventando de risa, la campana
loca de vueltas, el gorrión, los bolos,
la zambomba cantando en la matanza
entre botas de vino, todos roncós.
¡Ved cuantas O, todo redondo!
¡Hasta el rabo asado era redondo!
Como todo, cada día era redondo.
(Hasta los ceros en las Matemáticas,
eran invariablemente redondos).
Después, esa redonda faz sobre la tierra
se fue alargando lenta, lentamente.
Parecía como si del románico
me hubieran trasladado al gótico ..
No era frutal el árbol,
y a la sazón, maduro, más amargo.
Era, tan solo árbol, no sé
ciprés o chopo, insólito árbol,
tan solo árbol entre otros
de la densa alameda de estos árboles.
Ramas y ramas, nudos, hojas
pudriéndose de otoño...
Exprimido, reseco, retorciéndose,
—eso sí, ¡con música de fondo!

(En mis plantas, oh divino tesoro,
me ha nacido una hoja de trébol...).

Miguel SERRANO